



SIRIUS

4

ALFONS MALLOL GARCIA

Oli
Ferrando



Alfons Mallol Garcia

SIRIUS 4



Sirius 4
© 2011 Alfons Mallol Garcia
www.alfonsmallol.com

Quedan reservados los derechos de reproducción y difusión total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

LA LEGIÓN ASALTARÁ SIRIUS 4

Así lo ha decidido la Asamblea General de la ONU (UNGA) a petición del Consejo de Seguridad (UNSC). Los esfuerzos de la Armada para controlar a los piratas están resultando infructuosos, y el accidente ocurrido hace tres días, donde una nave pirata chocó contra un transporte de pasajeros, provocando más de dos mil muertos, ha sido el detonante.

¿Por qué la Legión?

El problema de los piratas ha sido históricamente una cuestión de la Armada o de la Guardia Solar. Sin embargo, esta vez hay que descender a un planeta extrasolar para encontrar las bases de operaciones y neutralizarlas.

El acorazado Quimera y todos sus efectivos fueron movilizados a petición del UNSC con este fin, solamente faltaba la aprobación de la

UNGA para dar luz verde al asalto. Debido a que los legionarios están entrenados para este tipo de acciones, se espera un desenlace rápido y sin bajas por ambos bandos.

La ley de defensa colonial

Algunos expertos han expresado su preocupación por esta ley que permite que cada colono posea un fusil letal. Sin embargo, la mayoría de la población no apoya a los piratas y terroristas que se esconden en el planeta. También hay que tener en cuenta que si no se es colono, no se tiene derecho a poseer el fusil; solamente el 30% de la población de Sirius tiene este estatus.

Por todo esto, más la amenaza que representa un ejército profesional debidamente entrenado y equipado, se espera que haya muy poca resistencia.

Al conocer las noticias pensé «por fin acción de verdad». Tenía ganas, muchas ganas de volver a luchar auténtica. Desde que abandoné la Guardia Solar no me había enfrentado al peligro cara a cara, todo habían sido maniobras y entrenamientos.

Quimera

Semanas antes de la aprobación de la UNGA, la Armada ya había movilizado varias de sus fragatas y a algún destructor para realizar tareas de vigilancia en el sistema de Sirius. Y cuando la proposición fue aprobada, dichas naves acordonaron el planeta, aislando y preparando la zona para la llegada de la Legión, el segundo cuerpo de ejército de las Fuerzas Armadas de las Naciones Unidas (más conocidas como UNAF), los encargados de los asaltos planetarios.

A los pocos días aparecieron docenas de puntos de luz, transformándose en enormes discos brillantes de donde emergieron más naves de batalla de diferentes tamaños, tomando posiciones en la órbita del planeta. Se trataba de la flota de la Legión, formada por varias corbetas de asalto, destructores de primera línea, fragatas escolta y, por supuesto, los cruceros de apoyo con el grueso de la tropa de tierra en sus entrañas. Finalmente se formó un disco mayor que los demás, por donde apareció la nave insignia y el centro de mando de la Legión, el acorazado Quimera, una impresionante obra de ingeniería de cientos de miles de toneladas, capaz de transportar un batallón entero y esparcir por el planeta a sus más de dos mil quinientos soldados en menos de quince minutos.

En los momentos antes de empezar el asalto, mientras los cazas patrullaban el espacio y las fragatas escudriñaban el planeta, el puente de comandancia del Quimera hervía de actividad bajo la atenta mirada del almirante. El alto comandante aguardaba los informes preliminares al descenso, manteniéndose en comunicación constante con los generales de la primera división, el de la segunda y el de inteligencia. La espera se estaba volviendo agónica y la tensión crecía por momentos hasta que, por fin, los informes empezaron a llegar.

—Mi almirante —el general de inteligencia fue el primero en romper el silencio—, en todo esto hay algo que no encaja. Este especie de campo electromagnético que cubre el planeta y que hace interferencias tiene que salir de algún lugar, pero los informes no muestran el origen.

—General, esté tranquilo —imperó el almirante con su profunda voz—. Seguro que solo es un intento para interferir en nuestros sensores.

—Pues creo que lo están logrando.

—No, no han logrado nada. Todos sabemos que su trabajo es buscar problemas, pero no exagere tanto.

—Si me permiten, señores —el general de la segunda división, comandante de las fuerzas ligeras de la Legión, se unió al debate—, no creo que esto nos tenga que preocupar. Una vez nuestros legionarios lleguen a tierra, aumentarán el rendimiento de todos nuestros sensores y podremos ver cualquier milímetro de este planeta. La guerra electrónica está contemplada en el plan de acción.

–Comparto la opinión de mi colega –opinó sosegadamente el comandante de las fuerzas pesadas, la primera división de la Legión–, aunque también comparto algunas de las dudas de nuestro compañero de inteligencia, pero no hasta el punto de retardar la operación.

–Pero, señores –el tono del alto oficial de inteligencia denotaba cierta preocupación–, ¿no han leído el informe de La Academia?

–Sí, claro –habló el almirante con cierto desdén–. Pero tampoco se le puede dar mucho crédito, y no dicen nada malo.

–Pero, mi almirante, aquí está el problema: dicen que no lo pueden saber.

–General, el futuro no se puede adivinar. ¿O tal vez se cree esos cuentos de hadas?

–Yo ni creo nada ni dejo de creer: este es mi trabajo.

–Entonces, ya está todo dicho. Generales de división, ¿están listos?

–El primer batallón del tercer regimiento de la primera brigada de la segunda división está preparado, embarcado y esperando la orden, mi almirante.

–La segunda compañía del segundo regimiento de la tercera brigada de la primera división está preparada, embarcada y esperando la orden, mi almirante.

–Pues no hagamos esperar a la gente de Sirius.

Los oficiales saludaron y cerraron las comunicaciones, listos para dirigir la batalla desde sus respectivos puestos de mando.

*Las guerras se sabe cómo empiezan,
pero no cómo terminan.*

Gaspar Llamazares

Pero si la cosa salía mal, estaríamos en guerra y aislados en territorio enemigo. Un planeta entero con todas sus defensas estaba esperando, aceptando el desafío que la Legión, en nombre de la ONU, había lanzado. Todo un planeta armado, apuntándonos... y con el dedo en el gatillo.

Descenso

El comandante de inteligencia militar, el general Roth, estaba revisando informes y analizando datos en su cámara de la fragata de espacio profundo de la Armada bautizada como Sextante –las naves de este tipo estaban muy bien equipadas en lo referente a sensores y aparatos de detección, por eso la había elegido como base de operaciones– cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por el enérgico y directo discurso del alto comandante.

–¡Legionarios! Os habla vuestro almirante. Seré breve. Hoy es el día, ahora es el momento. Habéis sido elegidos para llevar la ley y el orden allí donde ya no hay. Sabéis con creces que sois capaces de meterles una patada en el culo a esos malditos rebeldes. Es la oportunidad de hacer historia, y la haréis. ¡Viva la Legión!

De todas formas lo esperaba, era la señal para empezar el operativo. Abandonó la cámara y se dirigió al puente: el ataque había empezado.

Cuando el general entró, el infante de guardia se cuadró y saludó. El mayor Mahan, el comandante de la Sextante, que lo estaba esperando, también lo recibió.

–Bienvenido, mi general –saludó al alto oficial y este le correspondió.

–¿Alguna novedad?

–Todo va según lo previsto.

–¿Estáis analizando el bombardeo y la envoltura magnética?

–Sí, tal y como has ordenado. Hemos desplegado todos los sensores, lanzado los drones y enlazado con las otras naves.

–Pues únicamente falta esperar.

Los dos oficiales permanecieron en silencio, viendo cómo las demás naves de guerra bombardeaban el planeta. Fue muy corto, unos cinco minutos, únicamente se trataba de que el enemigo bajara la cabeza mientras se hacía una demostración de fuerza.

Una vez terminados los fuegos artificiales, el acorazado Quimera y los cruceros que lo acompañaban empezaron a disparar las cápsulas. El mayor no pudo evitar santiguarse mientras el general lo observaba de reojo.

–*Alea iacta est* –le dijo el general observándolo de reojo.

–No hace falta seas sarcástico.

–Pero tengo razón.

Un aviso en sus monitores les indicó que ya tenían el informe preliminar del bombardeo.

–Parece que todo sigue bien –valoró el mayor echando un rápido vistazo a los datos.

–Demasiado preciso, demasiado bien –murmuró el general para sí mismo–. Es demasiado sospechoso.

De repente, las cápsulas comenzaron a comportarse de forma errática.

–¡¿Qué demonios está pasando?!

Se desviaban tanto de su rumbo que algunas chocaron entre ellas, destruyéndose en el impacto, y una alarma se activó en el puente. Los integrantes de guerra electrónica se vieron desbordados.

–¿Aviso de colisión? –preguntó sorprendido el mayor.

–Mis comandantes –el oficial encargado de los sensores se dirigió a sus superiores–, es como si de repente el planeta se hubiera hecho más grande.

–Las cápsulas lo deben haber interpretado como si fuesen demasiado rápido o con ángulos erróneos y han intentado corregir el rumbo.

La mayoría consiguieron llegar a la atmósfera, pero en un ángulo incorrecto. Unas rebotaron, otras se desintegraron. Quedaban pocas y habían consumido demasiado combustible, lo que impidió que frenasen correctamente, y la gran mayoría se estrelló contra el suelo; las restantes tuvieron un aterrizaje muy accidentado.

El general Roth no podía ocultar su sensación de impotencia y desesperación, emociones compartidas por todos los allí presentes.

–¿Cuántas cápsulas han llegado, digamos, bien?

–Menos de un 12%, mi general.

–Esto significa más de dos mil quinientas bajas. –El oficial resopló disgustado–. Voy a mi cámara.

El comandante de inteligencia abandonó el puente con un mal humor más que visible.

La suerte está echada.

Julio Cesar

Nuestra misión era sencilla: establecer un perímetro de seguridad, poner las balizas para indicar los puntos de aterrizaje de la segunda oleada y activar las contramedidas electrónicas. También teníamos que obligar a rendirse a cualquier insurgente que nos encontrásemos.

Primer contacto

Los integrantes del pelotón ligero 2131523, al igual que los demás legionarios de su mismo batallón, habían realizado sus respectivos rituales de buena suerte: desde escribir una carta hasta rezar, pasando por mostrar fotos a los compañeros o contar chistes fáciles. El nerviosismo era patente, casi todos eran soldados inexpertos y nunca habían visto la acción real. Lo cierto es que solo tres tenían experiencia: el sargento Ziegler –un hombre medio calvo que siempre gritaba–, el cabo primero Golubev –un joven eslavo con un pasado turbio– y la soldado de primera laFontaine –una joven pelirroja repudiada por la Guardia Solar–. Sin embargo, sabían que su misión era simple y que, si todo iba bien, terminarían pronto.

No obstante, las cosas se torcieron. Aunque el lanzamiento de su cápsula fue perfecto, al poco sintieron cómo se bamboleaba, algo que nunca había sucedido. Luego, al entrar en contacto con la atmósfera, sin que la cápsula dejara de bailar, empezó a invadirles un calor que cada vez se hacía mayor, casi insoportable, y en las caras de algunos soldados se reflejaban sus peores temores, convencidos de que eran sus últimos instantes. Pero el calor cesó, habían conseguido entrar, y solo faltaba llegar al suelo.

Sin embargo, aún no había terminado la pesadilla. Desde el interior podían oír el rugir de los propulsores intentando evitar un aterrizaje fatídico. Lo ocupantes sabían que eso no era normal, que algo iba mal, y el miedo empezó a adueñarse de sus corazones, hasta llegar a alcanzar niveles de terror entre los más novatos cuando se activó la alarma de colisión.

Primero fue un golpe seco. La cápsula impactó contra el suelo en un ángulo muy abierto y rebotó. Luego, después de algunas vueltas de campana, se fue arrastrando por encima de uno de sus dorsales a lo largo de varias docenas de metros. El blindaje cedió, y tres de sus ocupantes fueron arrastrados por el terreno hasta que el vehículo colisionó contra una pared de roca de un acantilado cercano.

Los supervivientes, una vez se recuperaron de la colisión, recogieron sus fusiles de raíl magnético (comúnmente denominados como RMs) y salieron de la accidentada cápsula mientras se quejaban de que alguien de arriba no había hecho bien su trabajo. Y antes de empezar la marcha para realizar su misión, dieron un último adiós a los compañeros caídos. Como no había tiempo para un funeral digno, pusieron los cuerpos dentro de las bolsas, cogieron sus identificaciones y el sargento Ziegler pronunció algunas palabras que sirviesen para dar coraje a la vez que se despedían de ellos. Finalmente ordenó el avance.

No obstante, un segundo después, su cabeza explotó y el casco salió volando. Los soldados con

más reflejos se lanzaron al suelo, pudiendo evitar la ráfaga de ametralladora que siguió al disparo. Los otros no tuvieron tanta suerte, siendo abatidos al instante. Las balas que no acertaron, rebotaron haciendo de metralla; las protecciones hicieron su trabajo, pero no eran perfectas: varios fragmentos se abrieron paso por las rendijas hiriendo a algunos soldados. Estaban atrapados entre el fuego enemigo y la pared de roca.

–¡LEGIONARIOS! Reagrupémonos.

El cabo primero Golubev, el siguiente al mando, se hizo oír, ordenando que usasen la cápsula y los escombros de su alrededor como cobertura. Sin embargo, la soldado laFontaine le desobedeció porque no creía que fuese buena idea, y se arrastró en dirección contraria, alejándose de los restos. Detrás de ella oyó a alguien que la seguía, era el cabo Leroy, y le indicó que continuara.

El combate se intensificó. Los militares oponían tanta resistencia como podían, pero estaban acorralados. LaFontaine y Leroy se dieron prisa para entrar en el bosque y parapetarse y abrir otro frente. Apuntaron, pero en ese mismo instante, un pequeño misil atravesó el aire, estallando allí donde estaban sus compañeros.

Se hizo el silencio en medio de una tensa calma.

La soldado hizo señas al cabo para que se escondiese. Esperaron, observaron, escucharon. Oyeron algún gemido de dolor, y vieron cómo los rebeldes salían de sus posiciones, acercándose lentamente a la cápsula. Contaron cinco enemigos.

–Espérate aquí, voy a ponerme detrás de ellos –laFontaine tomó la iniciativa–. No dispares hasta que yo lo haga.

El cabo aceptó la orden, sabía que ella era mejor combatiente, aun teniendo una herida sangrante en la cadera provocada por la metralla.

Volvió a mirar a los rebeldes. Llegaron donde Golubev y los otros se habían protegido. Uno de los insurgentes se asomó, recibiendo un disparo que acabó con él. El enemigo no dudó en rematar a cualquiera que pareciera herido. Leroy, delante de esa atrocidad, no pudo evitar abrir fuego. LaFontaine había conservado la sangre fría, pero aún no había llegado donde quería; únicamente los había flanqueado. Ahora también se veía obligada a disparar o acabarían con su compañero.

La ráfaga del cabo no tuvo suficiente acierto, pero la soldado demostró mejor puntería abatiendo a uno; quedaban tres. Mientras Leroy volvía a disparar, ella cambió rápidamente de posición y volvió a abrir fuego. Otro rebelde cayó; quedaban dos. Habían perdido el factor sorpresa y no estaban entrenados: eran blancos fáciles.

El cabo se confió quedando demasiado expuesto al abatir al siguiente. Pero el último se dio cuenta del error del militar y consiguió acertarle. La soldado se le hizo pagar con la vida y se dirigió corriendo hacia su compañero.

–¡Leroy!

–LaFontaine... –murmuró el soldado con un hilo de voz.

–Tranquilo, estoy aquí.

El cabo tenía un agujero en el abdomen, justo debajo de las costillas, y no paraba de sangrar.

–Vicky...

Ambos sabían lo que eso significaba. Sus miradas eran tristes, igual que sus rostros. No podían hacer nada por mucho que quisieran, no podían evitar lo inevitable.

–Jules, estoy contigo.

–Duele mucho.

La soldado buscó un calmante y lo inyectó a su compañero moribundo. El cabo pidió otro, también se lo dio.

–¿Verdad que ya no duele? –rogó laFontaine forzando una sonrisa.

–Gracias, pero ponme otro –la voz del cabo era débil, apagada.

–No, te mataría.

–Por favor.

–No. Estoy a tu lado, no te dejaré.

Lo cogió de la mano mientras le acariciaba el rostro. Se quedó a su lado hasta el final. Y le cerró los ojos.

*Esos salvajes murieron duramente,
como lobos heridos y acorralados.
Eran sucios, ruidosos y olían. Y yo los quería.*

General Douglas MacArthur

Sin embargo, tropezamos con todo un planeta y sus defensas esperándonos. Nuestros comandantes nos aseguraron que se rendirían al vernos: «El poder de la Legión es suficiente para atemorizar a cualquier enemigo». ¡Mentira! Los rebeldes jugaban en casa e iban ganando. ¿Para qué rendirse? Era como si se riesen de nosotros.

Piedad

Calma, silencio. Una maldita calma, un desgraciado silencio. La legionaria laFontaine se había practicado una primera cura de emergencia, y después puso los cuerpos de sus compañeros dentro de las bolsas para, seguidamente, guardarlos en la cápsula, convirtiéndola en el mausoleo del pelotón 2131523 de la Legión. Al terminar, se aseguró de tener suficiente munición y provisiones antes de empezar una marcha sin dirección concreta. Las comunicaciones no funcionaban, no había forma de recibir nuevas órdenes, ni de pedir ayuda.

Observó los cadáveres de los rebeldes. Se le ocurrió que tal vez tendrían algún mapa y, quién sabe, alguna forma de comunicarse. Los registró. No llevaban mucho encima, esto quería decir que disponían de algún medio de transporte o que estaban lo suficientemente cerca para venir a pie. Continuó buscando, solamente encontró una pistola de bengalas, seguramente se avisaban así ya que no llevaban ni un solo comunicador.

La empuñó, apuntó al cielo y disparó.

Volvió a esconderse en el bosque para ver qué sucedía, tal vez vendría alguien. Por si acaso, se apartó prudencialmente, no fuera que se tratase de un aviso para la artillería. Se dispuso a esperar lo que fuera necesario.

La respuesta se hizo esperar más de media hora. Claramente, era el sonido de un aerovehículo aproximándose a la zona, uno grande. Quitó el seguro mientras veía cómo el camión volador aterrizaba cerca de la cápsula. Se trataba de un vehículo voluminoso y pesado, con una cabina para conductor y acompañante, y un compartimiento de carga suficientemente espacioso para doce personas. Tal vez estaba lleno de rebeldes, tal vez no, pero no quería correr ningún riesgo. Cambió a una posición donde pudiese controlar la puerta trasera.

Bajó alguien de la cabina, el acompañante, que miró a su alrededor antes de hablar:

–Aquí pasa algo extraño. ¿Dónde están todos?

Había llegado el momento de actuar. Con paso decidido y silencioso se acercó por detrás del vehículo. Después, con el arma en ristre, avanzó hacia el asiento del piloto. Le obligaría a rendirse, y también a su acompañante. Pero cuando estaba casi en la puerta escuchó un grito de advertencia seguido por una ráfaga. Si no hubiese sido por el aviso, le hubieran acertado de lleno; pero el providencial salto que hizo no evitó que una bala impactase en su hombro derecho. Impulsada por la adrenalina del momento, corrió hasta ponerse a cubierto detrás del camión, mientras otra ráfaga

proveniente de la cabina intentaba darle caza.

Estaba otra vez como al principio, pero con la diferencia que sangraba mientras aquel rebelde se le acercaba vociferando.

–¡Vamos, ríndete!

Gracias a los gritos, la soldado podía saber dónde se encontraba su enemigo.

–Sabemos que estás solo.

«Será sola, imbécil», pensó laFontaine mientras se daba cuenta de la poca visión que tenía el enemigo.

–Te trataremos bien.

Estaba cerca. Se dice que perro ladrador, poco mordedor. El rebelde ladraba mucho; la legionaria, nada. Cambió el arma de mano para apoyarla en el hombro sano.

–No lo pongas más difi...

La ráfaga del RM legionario hizo callar al perro que tanto ladraba. El nuevo silencio solo fue roto por un chillido que se escapó de la cabina.

La soldado cambió de posición, y al cabo de unos instantes, pudo ver cómo una mujer atemorizada con respiración pesada, de paso inseguro y sosteniendo un fusil con manos temblorosas, avanzaba hacia el cadáver de su acompañante. Y cuanto más se acercaba, más crecía su miedo, el miedo de terminar como él, de que esos fueran sus últimos instantes.

Miraba hacia todos los lados, no encontraba ningún rastro del ejecutor. En cada paso que daba, creía que ese sería el último. Cada latido bombeaba un poco más de temor, a la par que le recordaba que seguía viva. Pero el enemigo parecía ser invisible.

Ya no podía aguantar más esa tensión. Las piernas le fallaban, sus manos hacían bailar el fusil siguiendo un ritmo macabro y el corazón pugnaba por salir disparado de ese cuerpo paralizado por el terror. Tiró su fusil, levantó las manos, estalló en lágrimas y gritó con fuerza:

–¡ME RINDO! POR FAVOR, NO ME MATES.

Como respuesta, notó una gota de sangre cayéndole encima. Con la vista nublada, levantó la cabeza para mirar hacia arriba, encima del vehículo, y se encontró con un fusil sostenido por una mano ensangrentada, a juego con la melena rojiza. Talmente como si el mismo demonio la encañonase.

Y aquel demonio no dejó de encañonarla mientras bajaba del camión.

–Por favor, no me mates, tengo dos hijos.

El sargento también tenía hijos, y el cabo primero tenía planes de boda.

–Ten piedad.

Los miles de soldados desintegrados con sus cápsulas no tuvieron ni la oportunidad de defenderse.

–Dime qué quieres y te lo daré.

Por fin, el demonio habló.

–Quítate la ropa.

–Si... si quieres pasar un... un buen rato... no me resistiré –ni se había dado cuenta que su

demonio también era una mujer—. Te la puedo chupar si te hace feliz, pero no me mates, por favor.

—Soy una mujer, puta asquerosa.

La rebelde se desnudó, quedándose únicamente con la ropa interior.

—¿Y ahora? ¿Qué quieres que haga?

—Déjala en la cabina.

La insurgente anduvo hasta la cabina y dejó la ropa allí dentro, tal y como mandó la legionaria de cabellos de sangre.

—¿Quieres que lo hagamos aquí? —rogó más que preguntó—. No me importa que seas mujer y...

—¡CÁLLATE! —la interrumpió bruscamente—. No quiero hacerlo contigo, cerda, y sal de la cabina.

—¿Qué quieres?

—¿No te has dado cuenta de que tu ropa es la única que no está manchada de sangre? Si me paseo por este planeta con este uniforme, seré un blanco móvil.

El terror volvió a apoderarse de la rebelde.

—No, por favor, no, no me mates. —Se puso de rodillas, implorando por su vida—. Por favor, ten piedad.

—¡¿ES QUÉ TAL VEZ HABEIS TENIDO PIEDAD DE MIS COMPAÑEROS?!

Era tal el terror que corría por sus venas que no podía contenerse. Sudaba, lloraba y, ahora también, se meaba encima.

—Concédeme una última voluntad, por favor.

—No.

Y una bala le atravesó la cabeza, partiéndole el cráneo y desparramándole los sesos.

*Que Dios se apiade de mis enemigos,
porque yo no lo haré.*

General George S. Patton

Sin duda alguna, habíamos perdido la primera batalla. El alto mando lo sabía, yo lo sabía, todo el universo lo sabía. Me encontraba abandonada a mi suerte, y muy probablemente me daban por muerta.

Plan B

La alta comandancia se volvió a reunir. Llevaban horas revisando informes, intentando averiguar qué había sucedido, por qué había ido mal, cuando decidieron darse un descanso de media hora. Pero el tiempo pasó deprisa, y el almirante y sus generales volvieron al trabajo.

–Señores, repasemos los hechos –reclamó la atención el alto comandante aclarándose la garganta–. Primero, los disparos de artillería del bombardeo preliminar fueron interferidos y fallaron todos los blancos. Segundo, los sensores de las cápsulas de desembarco recibieron información falsa deliberadamente, y esto hizo que variasen su rumbo. General Roth, ¿es así?

–Sí, mi almirante, todo apunta a que ha sido así.

–¿Y esto lo han podido hacer gracias a...?

–Hay un campo energético que altera la lectura de los sensores, y también interfiere en las comunicaciones. Al principio se captó como un campo electromagnético de alta potencia, pero solo era un camuflaje.

–¿Energético? Esto es muy ambiguo –interpeló el almirante antes de dirigir su atención al general de ingeniería–. ¿Son capaces de determinar su origen y naturaleza?

–Aún no, mi almirante –el comandante de la quinta división tomó el relevo al jefe de inteligencia–, pero sabemos que proviene del planeta. Esto quiere decir que tenemos que encontrar alguna forma de superarlo.

–¿Cuál es el problema, general?

–Se adapta a todos nuestros intentos.

El almirante permaneció en silencio para meditar con calma, mientras el comandante de la división ligera tomaba la palabra.

–¿Podría ser una IA renegada?

–No –respondió el ingeniero–. Ya hemos hecho pruebas para eso y lo hemos descartado. Es más como si hubiese alguien controlándolo, tal vez un grupo de ingenieros o similar.

–¿También han descartado la intervención de las *mujeres*? Su hogar tiene un sistema de protección parecido.

–Exacto, parecido, pero no idéntico. Este campo es tecnología humana.

El almirante aparcó sus cavilaciones y volvió a tomar la palabra.

–Generales, ¿el plan B es factible? –Ambos oficiales, el de inteligencia y el de ingeniería, asintieron–. Entonces capturaremos las principales zonas turísticas de los dos continentes, y desde allí continuaremos las operaciones. ¿Alguna objeción?

Las miradas se dirigieron al comandante de inteligencia, previendo su comportamiento.

–Sí, mi almirante.

–Cómo no, general Roth, sea fiel a las tradiciones y objeto.

–Me gustaría abrir un tercer frente en medio de un territorio inexplorado.

–¿Y eso por qué?

–Porque allí seguro que no nos esperan.

El almirante se lo pensó unos momentos, mientras los generales de la primera y segunda división recelaban del de inteligencia: nunca les había gustado que otro oficial dispusiera de sus hombres, y además, se la tenían jurada desde aquellas maniobras donde modificó los planes para provocar el caos.

–Bien, vale. Como supongo que ya lo tiene pensado, para seguir la tradición –agregó con ironía–, dígame qué necesita.

–Con dos secciones de pesada, cuatro de ligera y una de ingeniería habrá suficiente.

–Le doy una de pesada, una de ligera y la de ingeniería.

–Que la pesada sea de la primera brigada.

–Hecho.

*Las batallas se ganan con matanzas y maniobras.
Cuanto más grande es el general, más se apoya en las maniobras
y menos necesita de las matanzas.*

Winston Churchill